



Homilía Te Deum Fiestas Patrias

Catedral de Chillán, 16 de septiembre 2024

Padre Patricio Fuentes Benavides

Administrador Diocesano

Textos: 1ª Tesalonicenses 5,16-22; Salmo 66; Lucas 10, 21-24

Un saludo fraterno y cordial para todos, especialmente a las autoridades de la Región y de la Ciudad que nos acompañan, a los señores y señoras parlamentarios; a las autoridades de los Tribunales de Justicia, el Ministerio público, la Defensoría penal y la Contraloría Regional; a las autoridades de las FFAA, Carabineros, Policía de investigaciones y Gendarmería, a representantes de diversos organismos de la sociedad civil; a los sacerdotes, diáconos y fieles de las parroquias presentes. Un saludo a quienes se unen a nosotros a través de la radio y las redes sociales.

Este encuentro es parte de las celebraciones con que tradicionalmente hacemos memoria de los comienzos de la independencia y conformación de nuestra Patria. Lo hacemos agradeciendo nuestra historia, pidiendo sabiduría para vivir el presente, y esperanza para edificar el futuro.

En este encuentro, acabamos de escuchar la Palabra de Dios, ella nos ha dicho: *“Estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión”*, son las palabras inspiradas del apóstol Pablo, y el evangelio nos mostraba a Jesús, que *“se estremeció de gozo”* al contemplar el modo de actuar de Dios, especialmente entre los pequeños.

¡Estar alegres! es la invitación que recibimos esta tarde. Nos preguntamos: ¿Podemos alegrarnos? Pareciera que no hay muchas razones para la alegría, vivimos un mundo convulsionado por graves problemas, guerras, desprecio a la dignidad de la persona, pobrezas materiales y espirituales, de los cuales como nación no estamos exentos.

Como país llegamos a esta celebración con serias dificultades y problemas sin resolver desde hace tiempo. Sentimos especialmente la desazón por “Los hechos de corrupción, tráfico de influencias,

fraudes, mal uso de información privilegiada, malversación de fondos públicos y delitos económicos que se vienen conociendo en los últimos años, son motivo de honda preocupación para la inmensa mayoría del país”. Así nos lo han recordado los Obispos de Chile en su última declaración. (Declaración del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile: “Ante el mal extendido de la corrupción” 1. 12.09 2024).

A estos graves hechos, se suma los fuertes grados de violencia en nuestra convivencia, que siembran el temor y la desconfianza. Es como si de pronto viviéramos en “otro Chile” marcado por hechos que “van haciendo crecer un estado de crispación social y cansancio”. (Declaración del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile: “Ante el mal extendido de la corrupción” 5. 12.09 2024) y como sucede con frecuencia, los pobres son los grandes perjudicados con estas conductas.

¿Podemos entonces estar alegres? La aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia.

Sin minimizar los problemas que vivimos, estos días de fiestas patrias son una invitación a volver a soñar, a trabajar, y comprometernos con una patria donde todos tengan también el pan de la alegría. La fiesta, con sus ritos y símbolos, son la expresión que la vida, con su fatigoso andar, es siempre un camino bello de recorrer. Cada dieciocho de septiembre es una llamada a volver a creer en Chile, a empeñarnos por su futuro, para que sea la mesa en que todos, en la diversidad que somos, nos podamos sentar y reconocer.

Nuestro pueblo comprende esto, por eso estos días se afana en hacer fiesta. Las familias y los amigos se alegran encontrándose, compartiendo la mesa, los niños (y sus padres) se alegran vistiendo los trajes típicos de la antigua usanza, descubriendo los juegos de los antepasados, la gente sencilla se alegra colocando la bandera en la casa, viéndola flamear, el corazón se ensancha entonando el himno nacional, los padres ven orgullos a los hijos e hijas vestir el uniforme de las fuerzas armadas y carabineros y desfilar marcialmente.

El Padre Alberto Hurtado, un 18 de septiembre de 1948, aquí en Chillán, predicando en el Te Deum de aquel año, decía: *“Chile es una misión ¡Cómo no elevarse hasta el cielo al recordar nuestra historia cargada de bendiciones que nos han hecho una Nación digna, respetable, en toda América y Europa!”* (Fundación Padre Hurtado. Prédica de acción de gracias pronunciada por el Padre Hurtado el 18 de septiembre de 1948, en Chillán.)

Gabriela Mistral, cuando describe Chile, habla de la *“terca voluntad de existir”* (Cf. Gabriela Mistral, *Breve descripción de Chile*, en Anales de la Universidad de Chile (14), 1934) que tiene nuestra nación. A esa “terca” vocación de ser, es a la que todos estamos convocados y en la que nadie puede sentirse excluido o prescindible.

Recordar las palabras de estos dos “ilustres hijos de la Patria”, no es para autocomplacernos en un orgullo nacionalista, sino para que el pesimismo, la desesperanza, a veces frecuente en nuestro modo de ser, no nos invada. A los anuncios de los profetas de calamidades, a los violentos que desprecian la vida, a los que buscan el beneficio personal a costa de los bienes comunes, respondamos asumiendo

con responsabilidad los desafíos del Chile de hoy, atrevámonos a buscar nuevamente caminos de encuentro, de ejercer el difícil y noble arte de la política (la Iglesia la ha llamado la “forma suprema de la caridad” Pío XI), del diálogo que, en palabras del Papa Francisco, permite *“acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto. El diálogo persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, mucho más de lo que podemos darnos cuenta”* (Francisco, Fratelli Tutti, 198).

La verdadera alegría, la que necesitamos, sabe convivir con dificultades y dolores, es creativa, ella nos ayuda a ver los regalos que recibimos todos los días, la maravilla de la belleza de la vida y de las cosas grandes y pequeñas que llenan nuestros días. El pesimismo, *“la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios”* (Francisco, Gaudete et exsultate, 126).

Fomentar la auténtica alegría es un camino contra corriente: es el arduo ejercicio de pasar del egoísmo al pensar en los demás, del encerrarnos en nosotros, en los propios intereses, a la búsqueda del bien del prójimo, del bien de la comunidad, del país.

¡Estén siempre alegres! Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión. Nos ha dicho la Palabra de Dios, Palabra que con humildad les invito a acoger, no es ingenuidad ante la realidad que vivimos, es fuerza que nos mueve a reaccionar ante los males que vivimos, pues las alegrías verdaderas y duraderas maduran siempre desde el sacrificio.

Nuestra Diócesis de Chillán, cuyo signo es esta catedral que nos acoge, ha iniciado este año su camino a la celebración del centenario de su creación, el 18 de octubre de 1925. Durante estos casi cien años, la Iglesia diocesana, con nuestras luces y sombras, ha acompañado y compartido la vida, los gozos y tristezas de cuantos habitan esta tierra de Ñuble. Hoy queremos seguir sirviendo a cuantos la habitan y compartir con todos el don de la Buena noticia de Jesús. Nos asiste la convicción que la fe en Él nos puede ayudar, antes que nada, a estar alegres, a caminar con esperanza. Su evangelio nos urge a amar y servir. Creemos que su manera de ser y actuar, su confianza en Dios amigo de la vida, es lo mejor que ha dado la historia humana.

Creemos que Él nos puede ayudar a ser una nación, una región, más humana, digna y dichosa. Alegrémonos, Chile lo merece.